

LA CRÍTICA DE LA CRÍTICA Y EL RECURSO AL ENSAYO¹

Alberto Giordano

Universidad Nacional de Rosario - C.O.N.I.C.E.T.

0. Como las de la literatura, aunque según otras exigencias y por otros medios, las búsquedas de la crítica literaria son también —y acaso en primer lugar— búsquedas de sí misma: modos de interrogarse por lo que puede (leer donde ya se ha leído, donde se lee de otras formas) y por sus estrategias de resistencia al poder (de los códigos culturales que determinan en cada caso lo legible). Aunque no siempre se explicita en estos términos, aunque la interrogación no siempre tome una forma reflexiva, entre los problemas que interesan al crítico el que mayor inquietud provoca en su escritura es el del sentido y el valor de su acto. Menos por voluntad de ensimismamiento o de “autismo” que por el deseo de descubrir lo que le resulte más conveniente y de desprenderse de lo que la limita, mientras interpela y se deja interpelar por toda clase de objetos literarios, la crítica es —acaso en primer lugar— *crítica de la crítica*². Este movimiento de interrogación que anima en forma intermitente la escritura del crítico pasa entre las estrategias retóricas que identifican sus palabras como las de un *intelectual* y los gestos intransitivos que las identifican como las de un *escritor*. El crítico es a un mismo tiempo intelectual y escritor, “*écrivain*” y “*écrivain*” (Barthes 1983, 177) cuando la crítica no se conforma con ser un ejercicio disciplinado, que va de una generalidad a otra³, y se afirma como tensión entre sus alcances institucionales y su singularidad de acto de escritura. Lo que llamamos *crítica de la crítica* es la forma que toma un problema doble: cómo decir lo intranferible de nuestras *experiencias* con la literatura en un lenguaje ocupado por generalidades teóricas y políticas, un lenguaje en el que los conceptos y las consignas morales (que en muchos casos no son más que síntomas de los juegos de poder propios de nuestras disciplinas o de nuestras instituciones) imponen inmediatamente la adopción de un punto de vista

¹ Comunicación leída en el Sexto Congreso Internacional del CELCIRP, Fordham University, New York, junio de 1998.

² La expresión —con el alcance ético que aquí tratamos de darle— la tomamos de un ensayo de Horacio González (1993, 38).

³ La generalidad de un enunciado teórico de base y la de la conclusión a la que se “llega” después de pasar por la particularidad de un ejemplo.

totalizador y, al mismo tiempo, cómo comunicar el sentido y el valor de esa experiencia literaria (que es, precisamente, una experiencia de suspensión del valor y el sentido) de forma tal que, sin negarla del todo, sin reducirla por completo a alguna de las generalidades en curso, pueda transformarse en ocasión de una intervención institucional, pueda ser referida en el interior de algún debate crítico de actualidad.

Desde mediados de los '80, es decir, desde la reinstauración de la democracia, la crítica literaria argentina que se practica en el interior de las instituciones académicas (o en sus márgenes internos) buscándose a sí misma se encontró, en varias ocasiones, con el ensayo, o, para ser más precisos, con la evidencia de una "crisis", una "decadencia" o un "decaimiento" de la forma ensayo dentro de la cultura nacional. En este trabajo intentaremos situar dos de esas ocasiones en las que la crítica, alertada por su propio decaimiento, apeló al ensayo como valor no sólo para apreciar desde él sus indigencias actuales, sino también para señalar, en su dirección, posibles vías de experimentación que le permitirían no cerrarse sobre sí misma, no clausurarse en la reproducción de las morales académicas y de sus metodologías de investigación y escritura⁴. Más que el ensayo en sí mismo, nos interesa aquí lo que el encuentro con sus valores provoca en algunas de las formas más lúcidas de la crítica académica: la discusión, desde dentro, de lo que esa crítica (todavía) puede cuando las funciones del investigador y del profesor se ven sacudidas por una interrogación sobre el lenguaje crítico que desborda sus fundamentos intelectuales.

1. En una conferencia que dictó en noviembre de 1984 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y que fue publicada, un mes después, en el N° 1 de *Espacios*; en una suerte de "lección inaugural" pronunciada en un momento que se suponía de reactivación de la institución universitaria, Beatriz Sarlo expuso sus dudas acerca de la efectividad, e incluso la utilidad, del trabajo crítico. En un gesto de inconformismo propio de un intelectual (de lo que son —de lo que deben ser— para ella los intelectuales), habló de la crítica críticamente, interrogándose sobre sus limitadas condiciones de posibilidad en el contexto académico y sobre su (hoy muy restringida) función social. Como lo habría de reiterar algunos años después, en su respuesta a una encuesta de la misma revista *Espacios*, para Sarlo el discurso crítico ha ganado en especialización lo que ha perdido en

⁴ Una tercera ocasión —de la que aquí no nos ocuparemos por falta de espacio— tuvo lugar en el número 4/5 de *Sitio*, publicado en 1985. Los "Entredichos" (la sección de la revista que funcionaba como editorial) y el "Anexo" de ese número están dedicados a la "decadencia del ensayo argentino". Para una caracterización de las políticas culturales de *Sitio* y del rol que juega el ensayo dentro de esas políticas, ver Giordano 1995.

eficacia. A la pregunta ¿quiénes son los lectores implícitos de la crítica que escribimos hoy en la universidad?, Sarlo responde, apesadumbrada, “nuestros propios colegas”, únicamente ellos pueden realizar las complejas operaciones de lectura que esos textos requieren. Como para Said, para Sarlo el intelectual se debilita políticamente, pierde poder de contestación en tanto sede a las “presiones del profesionalismo” (Said 1996, 82). La actual incapacidad de la crítica para “plantear preguntas que susciten un interés colectivo más allá de los ámbitos académicos” (Sarlo 1988, 22), para protagonizar “movimientos de la esfera pública” (Idem, 23), se debe fundamentalmente, según ella, a la radical especialización de su discurso, a la fetichización de lo específico gracias a la cual el lenguaje crítico se vuelve iniciático.

En el contexto de esta evaluación de las imposibilidades actuales de la crítica para comunicarse con una audiencia más amplia que la de los “iniciados”, Sarlo apela al ensayo para referirse tanto a lo que el discurso crítico perdió como a lo que hay que hacer para restituirle su poder de articulación con la experiencia social. La especialización y la tecnificación de los saberes sobre la literatura, como un aspecto del proceso de modernización que sufrieron en la década del 60 las ciencias sociales y las humanidades, determinaron una “crisis de la forma ensayo” (1984, 7) dentro de la cultura argentina, una declinación e incluso una estigmatización de la que había sido, en las décadas anteriores, la forma privilegiada del ejercicio crítico. Pensando en textos como *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, en los que la ausencia de una tecnología de análisis no va en desmedro del rigor en la interpretación, Sarlo recuerda que alguna vez la crítica literaria más interesante supuso un lector sin demasiadas competencias específicas pero preocupado por problemas que atraviesan distintas esferas de la vida social. Para saltar el cerco de las jergas especializadas sin recaer en las trivialidades del impresionismo, para poder imaginar, desde la propia experiencia crítica, un lector interesado por la articulación de lo específico literario en contextos ideológicos y políticos, Sarlo invita a seguir la dirección del ensayo, a orientar las búsquedas críticas por los caminos de *Mimesis* de Auerbach o de *Hombres alemanes* de Benjamin.

En Sarlo, como en los otros autores que consideraremos, la interrogación de la crítica sobre sí encuentra en el ensayo una estrategia de *resistencia* a los poderes reductores de la academización. Lo específico de su modo de interrogación pasa por la formulación de preguntas en términos de eficacia, de capacidad para producir determinados efectos sobre una audiencia dada (los actuales lectores “cultos”). Sarlo no reflexiona sobre el ensayo desde un punto de vista ético o político, sino desde un punto de vista *retórico*: los valores que encuentra en el ensayo son técnicos, instrumentales (al servicio de valores éticos y políticos definidos en otro lugar). Para Sarlo el ensayo no es un problema (tal vez por eso se conforma con una de sus caracterizaciones más triviales, la de un “cuarto en el recoveco” según Jaime Rest) sino un recurso apropiado para resolver los problemas de inteligibilidad de la críti-

ca; menos que una *forma* conveniente de experimentar el saber (tal como lo conceptualizaron Lukacs y Adorno⁵), para ella es un *medio* de transmisión de conocimientos, un instrumento adecuado para que el crítico recupere su rol de “portador de la mediación” (Hauser, citado por Sarlo) entre el autor y el público.

Seguramente, el contexto apropiado para evaluar la potencia y los límites del *recurso al ensayo* en Sarlo sea el de una reflexión sobre las particularidades de su estilo crítico desde *Una modernidad periférica* en adelante⁶. Nos conformaremos aquí con señalar que la identificación del ensayo con una estrategia retórica ajustada a las expectativas de una determinada audiencia deja fuera de reflexión algunas de las características que singularizan el ensayo como forma: su excentricidad, su marginalidad e incluso su inutilidad. En este sentido, valdría la pena confrontar la perspectiva de Sarlo con la caracterización del ensayo propuesta por Raúl Beceyro, a propósito de Benjamin, en un trabajo publicado en *Punto de vista* en 1980. Para Beceyro, el ensayo es, ante todo, la forma que toma “un pensamiento que no contempla ningún tipo de compromiso con el mundo, y que no acepta otra lógica que la de su propio desarrollo” (22).

2. La asimilación del ensayo como forma con el despliegue de un pensamiento cuya lógica es, no sólo distinta, sino también contraria, a la del pragmatismo de la funcionalidad y la eficacia, insiste en cada uno de los textos del Dossier del N° 18 de *Babel*, “Últimas funciones del ensayo”. A la vez que señalan el vínculo casi necesario del ensayo con la polémica, los textos de este Dossier polemizan con la actualidad cultural (la de comienzos de los '90, después de seis años de vida democrática en las universidades) desde la afirmación de los valores del ensayo.

En primer lugar, coinciden con Sarlo en reconocer el debilitamiento que produjo la especialización en el ejercicio crítico: “La compulsión de pensar *para* los pares —escribe Schmucler—, es decir, para los integrantes de las diversas instituciones del reconocimiento académico, relega con frecuencia el interés por aquello que se trata” (25). Pero la discusión con lo académico no se propone en nombre de una mayor eficacia (la que supuestamente se lograría ampliando la audiencia), sino a favor de una transformación de las condiciones éticas de la crítica que implica, en primer lugar, el cuestionamiento de “la eficacia como medida de todas las cosas” (25). Lo que se busca, apelando al ensayo, no es la posibilidad de establecer nuevos pactos de lectura, sino de ampliar y potenciar las posibilidades de la crítica

⁵ Cfr. Georg Lukacs: “Sobre la esencia y la forma del ensayo” (en *El alma y sus formas*) y T. W. Adorno: “El ensayo como forma” (en *Notas de literatura*).

⁶ En este sentido, remitimos aquí a los trabajos en curso de María Celia Vázquez y Judith Podlubne (ver Referencias bibliográficas).

liberándola de la compulsión al entendimiento, de la exigencia de justificarse por el consenso. El cuestionamiento desde el ensayo está dirigido a las instituciones académicas, gobernadas por la departamentalización, la reproducción de lugares comunes específicos y el “eclecticismo desapasionado” (Ferrer, 23), pero sobre todo está dirigido a los géneros críticos (la tesis, la monografía, el *paper*) que hablan la “lengua académica” (Galende, 26), lengua de minorías —por lo especializada— pero tan transparente y homogénea como la que se habla en los medios masivos porque intenta realizar, como ella, el ideal del “lenguaje como simple mediación extrañada de su destino exploratorio” (Casullo, 22). Los protocolos de la investigación y la enseñanza universitaria se reproducen según una lógica indiferente al asombro, el desconcierto y el vértigo de la conjetura que experimentan los sujetos *en trance de saber*, porque se sostienen en las convenciones de una lengua en la que todos hablan y se entienden porque nadie dice nada que ya no haya sido dicho. Esas convenciones viven de la falta de interrogación: circulan y ejercen su potencia de homogeneización en tanto nadie se pregunta cómo, en qué condiciones, según qué juegos de poder, un enunciado llegó a convertirse en lo que hoy pretende imponerse como una evidencia. La lengua académica es un dispositivo que borra en cada enunciado las huellas de su enunciación. A quienes hablan o escriben en esa lengua se les exige⁷ sacrificar la singularidad de sus vínculos con el saber en favor de una inteligibilidad inmediata. En las carreras universitarias de ciencias sociales y humanidades —escribe González— “ha triunfado la escisión entre conocimiento y escritura, lo que es decir entre escritura y autoinspección del sujeto” (29).

En el contexto de un empobrecimiento y un achatamiento de la crítica dentro de las instituciones académicas —gobernadas por exigencias técnicas de comunicabilidad semejantes, como ya fue dicho, a las que satisfacen los medios masivos—, el ensayo se presenta como un campo de resistencia a la homogeneización y el disciplinamiento porque no niega, sino que explota las posibilidades de su ineficacia. En los textos reunidos en el Dossier de *Babel* para alertarnos sobre su inminente desaparición, el ensayo se afirma como una posibilidad de extraviarse, demorarse en curiosidades, retroceder y cambiar de orientación o moverse sin una orientación precisa en el transcurso de una búsqueda crítica, menos por diletantismo que por afán de encontrar conceptos *justos* (ni adecuados, ni pertinentes: *justos*). El ensayo ofrece al crítico la posibilidad de no reducir sus hallazgos e incertidumbres,

⁷ O bien se lo exigen ellos mismos (podríamos decir, gustosamente) para hacerse un lugar dentro de la comunidad de los especialistas, para no correr los riesgos de la incompreensión y la falta de reconocimiento, o bien se lo exigen las normas institucionales (en un espectro bastante amplio que va de las prescripciones para presentar un proyecto de investigación o un informe a las que disciplinan la escritura de *papers* para revistas “con referato”).

de no llegar a tiempo (e incluso de no llegar nunca) al momento de la verificación y la “transferencia de resultados” y de aprovechar esos intervalos de indeterminación que su discurrir abre en las disciplinas e instituciones para volver a preguntarse por su lugar intransferible dentro de ellas. Todos los textos del Dossier hacen referencia a las precariedades del ensayo pero no sólo para identificar procedimientos alternativos a los de las retóricas especializadas, sino fundamentalmente para señalar disposiciones éticas capaces de impulsar políticas de la crítica (en los textos y en las instituciones) que resistan a las dominantes. Si el “decaimiento del ensayo” dentro de la cultura argentina de las últimas décadas supone una “pérdida trágica de la experiencia”⁸ (de la experiencia de pensar sin fundamentos ciertos) en la práctica intelectual, el elogio del ensayo que pronuncian los textos del Dossier apunta a la reinstauración de la interrogación como ejercicio intelectual imprescindible. Antes que en su brevedad, su carácter provisorio, la flexibilidad de su prosa o la heterogeneidad de sus temas, el ensayo se reconoce en el cumplimiento de una regla ética: “no escribir sobre ningún problema, si ese escribir no se constituye también en problema” (González, 29).

Los autores del Dossier no son críticos literarios profesionales (tampoco profesores o investigadores de literatura); el editor los presenta como “un grupo de científicos sociales”. Su inclusión en este trabajo está justificada, sin embargo, al menos por dos razones: en primer lugar, porque su caracterización del pragmatismo académico como aquello a lo que el ensayo resiste se extiende explícitamente a lo que ha ocurrido también en las carreras de Letras y, en segundo lugar, porque para pensar la singularidad de la experiencia ensayística como cuestionadora de las metodologías y las retóricas universitarias remiten a las tensiones irreductibles del “saber de lo poético” (Casullo, 22), no tanto en el sentido del ensayo como una “literaturización” del saber (sociológico, filosófico, político), sino de la restitución, a través del ensayo, de la circunstancia literaria que las palabras del saber, para constituirse en tales, necesariamente olvidan. El ensayo se presenta aquí como la posibilidad de un encuentro (fuera de cualquier cálculo epistemológico en términos de interdisciplina) de los lenguajes de las ciencias sociales y “aquellos vinculados al espacio estético” (Schmucler, 24), un encuentro *en* la escritura (desinteresada de su función mediadora, convertida en exploración de lo desconocido) por el que la crítica, sin renunciar a sus deseos de saber y de valorar, se transforma también en un ejercicio de “indisciplina estética” (Ferrer, 23). En el ensayo se vuelve a tramar el vínculo entre saber y experiencia que las morales de la comunicabilidad y la eficacia desataron: las palabras recortan un fragmento de literatura, lo conceptualizan, lo juzgan,

⁸ Las dos últimas expresiones entrecomilladas pertenecen a un trabajo de Américo Cristófolo (1993) sobre el ensayo que no fue publicado en el Dossier de *Babel* pero que puede leerse como una prolongación de sus principales afirmaciones y de su voluntad de polémica.

pero al mismo tiempo transmiten las razones singulares por las que ese fragmento capturó la escritura del crítico.

Interrogándose sobre sí, sobre el interés de su objeto (que no siempre se corresponde con su valor actual) y sobre la justeza de su escritura (que compromete el rigor pero para desbordarlo), el ensayista pone en suspenso —y en esa suspensión interroga— las exigencias institucionales. Experimenta el fracaso de la función mediadora del lenguaje crítico, no porque renuncie a decir la verdad, sino porque sabe que tiene que buscarla en un lugar todavía imposible, del que las retóricas académicas no dicen (ni quieren decir) nada. Volviéndose sobre sí mismo, porque su sí mismo se transformó en un misterio o en un problema, el ensayista pierde la función moral de su trabajo para reencontrar su dimensión ética. Restituyéndole a los enunciados críticos su inestable y todavía desconocido sujeto de la enunciación, la escritura del ensayo pone fuera de sí el saber volviendo a plantear las preguntas más profundas: por qué y para qué (pensamos lo que pensamos, decimos lo que decimos, escribimos lo que escribimos) en este momento.

Postdata. Este trabajo que comenzó como una reseña de dos ocasiones en las que la crítica recurrió al ensayo para reconocer sus límites y proponerse tareas, terminó siendo una paráfrasis fervorosa de lo dicho en una de esas ocasiones y un nuevo elogio del ensayo como forma. Advertidos de este desliz involuntario, que conspira contra nuestra pretensión original de describir las funciones y los valores del ensayo en el discurso de la crítica literaria argentina de las últimas décadas, a punto de corregir el error, intercalando entre nuestras palabras —para reconducirlas por los caminos de la descripción— la referencia a este o aquel autor, decidimos dejar lo escrito como está. Las razones, obvias y acaso discutibles, se encuentran en lo expuesto.

Referencias bibliográficas

- AA.VV. (1990): "Dossier: Últimas funciones del ensayo", en *Babel* 18; artículos citados: CASULLO, Nicolás: "Entre las débiles estridencias del lenguaje" (p.22); FERRER, Christian: "Melodías, sonetos, papers" (pp. 22-23); SCHMUCLER, Héctor: "Los mortales peligros de la transparencia" (pp. 24-26); GALENDE, Federico: "La academia y la máquina de hacer suspiros" (pp. 26-27); FORSTER, Ricardo: "El encogimiento de las palabras" (pp. 27-28); GONZÁLEZ, Horacio: "Elogio del ensayo" (p. 29).
- BECEYRO, Raúl (1980): "El proyecto de Benjamin", en *Punto de vista* 10; pp. 20-23.
- CRISTÓFALO, Américo (1983): "Dialéctica del ensayo", en *El ojo mocho* 3; pp. 50-51.
- GIORDANO, Alberto (1995): "Sitio: ensayo y polémica", en *Estudios sociales* 9; pp.146-151.
- GONZÁLEZ, Horacio (1993): "Teorías con nombres propios. El pensamiento de la crítica y el lenguaje de los medios", en *El ojo mocho* 3; pp. 32-40.
- PODLUBNE, Judith (1998): "Beatriz Sarlo/Horacio González: perspectivas de la crítica cultural", en AA. VV.: *Las operaciones de la crítica*. Rosario, Ed. Beatriz Viterbo (en prensa).
- SAID, Edward W. (1996): *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Ed. Paidós.
- SARLO, Beatriz (1984): "La crítica: entre la literatura y el público", en *Espacios* 1; pp. 6-11.
- , (1988): Respuesta a la "Encuesta a la crítica literaria", en *Espacios* 7; pp. 22-23.
- VÁZQUEZ, María Celia (1998): "Beatriz Sarlo: una crítica moderna", en AA. VV.: *Las operaciones de la crítica*. Rosario, Ed. Beatriz Viterbo (en prensa).